



ser preservada prácticamente idéntica a como fue diseñada el siglo pasado. En 2016, Siccardi elaboró un informe para su restauración y reforma, liderada por el estudio de arquitectos Cagnoli. Según una escala de valor patrimonial que se utiliza desde 1983, la casona tiene el grado máximo de protección, que responde a que forma parte de un conjunto de construcciones con un paisaje particular y prácticamente único en Montevideo.

LENTO DETERIORO. Hasta que la casona comenzó a restaurarse —hace poco menos de dos años—, casi nada quedaba de aquel chalet de veraneo vencido por las ruinas. Llegó a estar ocupada, algunos ambientes tenían rastros de haber sufrido incendios y las maderas de su fachada apenas conservaban restos de pintura. Además de la familia Mendizábal, por allí pasó la familia Secco, que vivió a partir de la década de 1940. Unos 40 años después, los hijos de Joaquín Secco Illa, dueño de la casona, la vendieron y pasó de ser

ENEMIGA DEL AGUA

Al igual que las maderas, las tejas también estaban muy deterioradas. La humedad, la sal del mar y la lluvia les ganaron a las paredes y estructuras de hierro. La casona cuenta con una cubierta que tenía riesgos si no se rehabilitaba.

una casa de familia a una automotora y un local de remates.

Uno de sus últimos propietarios fue un empresario chileno, que la vendió a una sociedad privada, para luego ponerse en alquiler y pasar a formar parte del Scotiabank.

Al ver la casa, la restauradora Siccardi supo que se iba a tratar más que de una restauración: necesitaba ser rehabilitada. Y rehabilitarla implicó conocer a Mendizábal y la historia de Carrasco. Para eso, recorrió bibliotecas, archivos, facultades, revisó planos, escrituras y se entrevistó con familiares del fundador de la casa. “Es apasionante porque vas recuperando esa gente que vivió en ese momento, que le puso su alma a la casa”, dice.

En su informe, la restauradora indica —por ejemplo— que la contaminación sonora de la avenida Arocena, el salitre del mar, la arena del terreno, donde antes era todo dunas, y el paso del tiempo aceleraron el deterioro de la fachada. Si a eso se le suma la falta de mantenimiento, el resultado es una construcción inestable y con daños serios de su estructura.

Restaurar casas implica también dejar elementos de sus inicios. Por eso, algunos de los pisos con mosaicos y mármoles de las paredes que están desde los orígenes permanecen en la casona. De hecho, son los únicos elementos antiguos de su interior. El resto es pura modernidad: mamparas de vidrio, escaleras con pasamanos de aluminio, oficinas con moquette y

UN PLANO, DOS CONSTRUCCIONES

Cuando Andrés Mendizábal vio su casa de veraneo terminada, quiso remodelarla. Tenía un estilo muy diferente al utilizado en su añorado País Vasco. Por ese motivo, casi sin haber sido estrenada, la construcción fue modificada. Pero para reformular un edificio se deben hacer planos nuevos y tener un nuevo permiso de construcción. Un documento muestra al plano original de 1914 con un dibujo sobrepuesto de la casa modificada.



TANTOS COLORES COMO DUEÑOS

Cada propietario de la casona Mendizábal quiso ponerle su estilo. Y la casa lo sintió. Al momento de elaborar el informe para su restauración, la especialista Gabriela Siccardi vio que la fachada tenía muchas capas de pintura que estaban sobrepuestas y nada tenían que ver con el criterio original que se quería preservar. Si bien durante años era fácil identificarla por tener la madera pintada de un azul intenso, el color original era más parecido al verde.

escritorios de madera. “A medida que van apareciendo las nuevas tecnologías se va cambiando la impronta. Si esta casa la hubieran restaurado y dejado original, se mueren de frío, no pueden poner los enchufes bien... Tenés que adaptarlo al tiempo que vivimos. Hoy por hoy, esta casa tiene que ser inteligente, porque es un banco. Por eso se conserva la fachada pero adaptándola a los tiempos que vivimos”, explica. Para Carlos Raffaell, gerente de la nueva sucursal, esta incorporación es parte de “un nuevo

modelo de negocios y atención con tecnología de vanguardia”.

Aquella casona de veraneo que recordaba una cabaña antigua, la de los cuadros que Mendizábal veía en el País Vasco del que huyó, parece haber vuelto a la vida entre las demás construcciones de Carrasco. El blanco de las paredes brilla y la madera con un tono entre marrón y *bordeaux* reluce. La casa está de nuevo en funcionamiento y, con ella, el barrio recupera una parte de su historia. **G**

FOTOS: ADRIÁN ECHEVERRIAGA